

QUIZAS no sea ajeno a los fines de esta revista examinar alguna vez los problemas mayores de la Universidad. En ese supuesto, sólo me queda presentar la excusa: soy hijo de la Universidad y le serví durante veinticinco años continuos sin recompensa especial ninguna; pero me separé de ella hace diez, y no aspiro a volver; soy, pues un hijo emancipado; la quiero, mas puedo juzgarla a distancia.

La Biblioteca Nacional fué clausurada hace ya veinte meses. Jamás hubo una explicación oficial del cierre, si bien se creyó que lo imponía el traslado a la Ciudad Universitaria: de febrero a agosto, se haría la mudanza; en septiembre la instalación, y el 12 de octubre de 1952, a los acordes del Himno Nacional, se abriría de nuevo. La falla de estos planes fué tan rotunda y tan palpable, que se creyó necesario decir que las condiciones verdaderamente ruinosas de San Agustín impusieron la clausura. La verdad —sospechada, no sabida— es que faltaron de seis a diez millones de pesos para alcanzar la meta ambicionada.

La clausura ha hecho un daño incalculable al lector y al investigador, pero no menor a la autoridad moral y al prestigio de la Universidad. Y sin embargo, fiel al refrán popular, el mal ha traído consigo un bien: en el público y en el gobierno ha nacido ya la convicción de que la Biblioteca Nacional no puede ni debe pertenecer a la Universidad. Si la propiedad (la moral más que la jurídica) fuera tan cristalina como el agua, los únicos con derecho a protestar contra la clausura serían los universitarios; pero quien lo hace, sorda, calladamente, como se expresa siempre todo resentimiento, es el ciudadano común y corriente. Su resentimiento nace, por una parte, de ser él (y no el universitario) el verdadero lector de la Biblioteca, y, por otra, de juzgarse dueño de ella, de una biblioteca que no en balde se sigue llamando nacional y que jamás se ha llamado universitaria.

Así, sin quererlo, se ha planteado el problema de la Biblioteca Nacional: pertenece a la Universidad jurídicamente (aun cuando de un modo muy precario, pues el Congreso puede modificar una ley en cinco brevísimos minutos); la Universidad puede, pues, cerrarla, abrirla, plantarla en el Pedregal, venderla o incendiarla; pero, como todo organismo social importante y de vida indefinida, la Universidad depende, en un grado que no parece siquiera sospechar, de la simpatía, de la buena voluntad pública nacional. Y si



La BIBLIOTECA NACIONAL

Por Daniel COSIO VILLEGAS

ésta llega a condenarla con decisión, la Universidad no podrá vivir tranquila, y quizás no pueda vivir del todo. En el caso concreto que interesa, parece ya claro

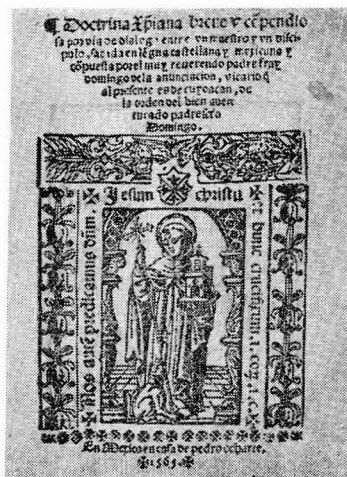
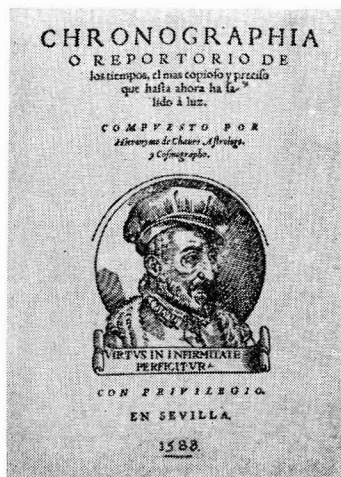
que la Universidad no podrá acarrear impunemente la Biblioteca al Pedregal. Por otro lado, le pertenece, pues una de las fuentes innegables del derecho es la es-

tupidez parlamentaria, y el Congreso Mexicano se la dió por una ley; mucho más importante todavía, nadie podría imaginarla sin una gran biblioteca, y mucho menos todavía esa universidad ideal que imaginamos y anhelamos que resurja, cual Ave Fénix, de la ceniza volcánica del Pedregal. Aun si el Ejecutivo Federal, plenamente consciente del problema, quisiera rescatar para la Nación la Biblioteca Nacional, no podría arrebatarla impunemente a la Universidad, primero, porque de hecho y de derecho le pertenece, y segundo, porque la dejaría sin una de sus entrañas vitales.

Principia a entenderse que el problema de fondo es quién, la Universidad o el Estado, puede hacer de la Biblioteca Nacional un instrumento de cultura más eficaz. Si así se entendiera, no puede caber la menor duda de que la Universidad es impotente para lograrlo y el Estado es todopoderoso. Los mexicanos sospechamos que la Biblioteca Nacional es, con mucho, la más rica del país, mejor que todas las bibliotecas oficiales juntas y superior a todas las privadas acumuladas; pero me temo muchísimo que el día en que esté instalada, cuando puedan recorrerse uno a uno sus estantes, se la tenga clasificada y su catálogo sufra la prueba diaria del estudio y la investigación; me temo mucho que ese día se descubra uno de los fraudes más colosales de la historia cultural de un pueblo. Se podrá medir entonces el peso abrumador que en ella tienen los libros teológicos, de escaso interés inmediato; se verá cómo ha sido saqueada una y mil veces por los más encumbrados eruditos mexicanos; se advertirá que poquísimas de sus publicaciones en serie están completas; en fin, se verá que los libros más recientes son de 1900. Es decir, la impresión final será de honda, incalculable decepción, pues, por la primera vez, se verá y medirá, no lo que la Biblioteca tiene, sino aquello de que carece.

Rehabilitarla hasta, hacerla realmente útil, requerirá largo tiempo, gran constancia y mucho dinero. La Universidad no tiene tiempo, la constancia no ha sido una de sus prendas más visibles y es conmovedora su indigencia; en cambio al Estado puede darle alguna vez la ventolera de pensar en la Biblioteca Nacional, quizás esa racha afortunada lo lleve hasta nombrar autoridades tesoneras que la dirijan, y, ciertamente, el Estado tiene muchísimo dinero, todo el dinero nacional. En suma, mientras la Universidad jamás

(Pasa a la pág. 20)



Si el poema ha de concebirse como un mundo aparte, irreal, alejado de lo inmediato, la facultad fabuladora, en su forma metafórica, adquiere una importancia predominante.

La metáfora quiere sobrepasar la abstracción del lenguaje y así llegar a la realidad hurtándoles a las palabras todo lo que no dicen si se usan en sentido estrictamente lógico. La metáfora surge, precisamente, de la ambigüedad, de la variabilidad de sentido que cada palabra acarrea. En la comparación, en el intento por identificar dos hechos concretos de distinta cualidad y diverso tono se halla ya un mundo poético en el cual el significado exacto de las palabras se pierde para dar paso a un nuevo matiz, nuevo no sólo en sentido objetivo, sino interpretable por cada hombre, en su novedad, a su manera. Este azul imagen del cielo que es como este azul imagen del mar ya no es ni el azul del mar ni el del cielo, sino un color intermedio, con cualidades propias. Azul ambiguo puesto que no es ni éste ni aquél azul en particular sino este nuevo color, origen de un mundo nuevo.

La paradoja, en cambio, no es centralmente desrealizante ni constructiva. Si la metáfora huye de la realidad, la paradoja se aproxima a ella, si la metáfora rodea las palabras para contemplarlas por sus múltiples facetas, la paradoja las afronta, las corroe y crea una ruptura en su mismo centro. Si la metáfora falla en su intento de identificación, la paradoja pone de manifiesto esta falla misma, ahonda en ella y en ella hiere hasta dislocar las palabras y hacer que se expresen a través de su propia destrucción. La paradoja es la aplicación directa y sin rodeos de un principio de contradicción activa. En ello pone de manifiesto una constante de la existencia: el ser y el no ser, el devenir, la alteración que es toda vida. No estamos ya aquí frente a un mundo eterno, separado de nuestros sentidos, de nuestros deseos, de nuestras más inmediatas voliciones. La paradoja es la expresión de una vida en ciernes ya apagada, de una presencia en el mundo que, por su origen y su fin, se reduce a contradicción. Es la experiencia poética de la temporalidad.

Paradójicas son las afirmaciones de Heráclito (*En los mismos ríos nos bañamos y no nos bañamos; y parecidamente somos y no somos*), las de Pascal (*El hombre es naturalmente crédulo, incrédulo, tímido, temerario*), las de Quevedo (*"Morirás"*). *Fuera verdad entera si dijera: has muerto y mueres*), las de Kier-

LAS DOS PARADOJAS

Por Ramón XIRAU

kegaard (*La venida de Cristo es y sigue siendo una paradoja*). Y si en la paradoja se fundan negaciones de tipo poético también en el arraigo y la contradicción arraigan los sistemas metafísicos de Grecia y, más aún, la filosofía moderna desde la *Fenomenología del espíritu* hasta *El Ser y el tiempo*.

En los sonetos de Quevedo, en los *Sueños*, en *De los remedios de cualquier fortuna*, a la ruptura del lenguaje responde la ruptura de la realidad que nos abre el mundo de la contingencia y de la agonía. "Falta la vida, asiste lo vivido", dice Quevedo. Y es que la experiencia humana es experiencia del tiempo y ésta, espera de la muerte ya presente en una imponderable reducción de los instantes. La paradoja surge, resquebraja el lenguaje, nos entrega la realidad desnuda:

En el Hoy y Mañana y Ayer junto pañales y mortaja, y he quedado presentes sucesiones de difunto.

Sintetizados en un momento, vivir y morir, el espíritu del hombre queda dividido por dos fuerzas contrarias que expresan, en el presente, su tensión. La ley de la contradicción persigue al hombre, lo afirma y lo niega, lo yergue en un ahora fugaz que es ya antes y después a un tiempo:

Y así es verdad, Inarda, cuando escribo que yo soy y no soy, y muero y vivo.

Parece, pues, que la paradoja haya de reducirse a esta acotación del instante en el cual se

funden los momentos del tiempo. Pero, ¿será ésta su única función? Sin duda la paradoja nos abre el mundo de la contingencia, a él nos liga y a él nos refiere. Sin duda es la paradoja una forma de la trascendencia que nos lleva a considerar con zozobra y angustia la variable urdimbre de las cosas y del hombre. Pero esta paradoja que es negación acarrea, en muchos casos, la noción de una trascendencia que el filósofo o el poeta habrán de explicar mediante mitos, símbolos o nuevas paradojas expresivas de una realidad inefable. En el extremo del racionalismo, Descartes construye su sistema de duda radical —Dios impotente o Genio maligno— en que la realidad se deshace en polvo de contradicciones. Sin embargo en el "si dudo existo", ya agustiniano, se basa la totalidad de su metafísica sustancial, eterna. No es menos clara la actitud de un Pascal, ya más cerca de la poesía. A la miseria del hombre viene a sustituirse su grandeza. Y no tan sólo por añadidura, como algo exterior a la miseria, sino como centro de esta miseria que es grande por miserable. Y es que "pensamiento hace la grandeza del hombre". Más allá de la experiencia humana se abre el mundo inteligible.

Nadie como San Juan de la Cruz ha sabido usar la paradoja en esta su segunda función. Ya en los versículos que titula *Modo de tener al todo* es manifiesta la intención trascendente de San Juan:

Para venir a saberlo todo
No quieras saber algo en nada.
Para venir a gustarlo todo,
No quieras gustar algo en nada.
Para venir a poseerlo todo,
No quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo,
No quieras ser algo en nada.

A la contemplación mística conviene la renuncia que es afirmación:

Cuanto más alto llegaba
De este lance tan subido,
Tanto más bajo y rendido
Y abatido me hallaba;
Dije: No habrá quien alcance
Y abatime tanto, tanto,
Que fuí tan alto, tan alto,
Que le dí a la caza alcance.

Así la paradoja, desniveladora de realidades y fuente de pesimismo se hace ahora instrumento de inefables afirmaciones. Y si su negación abría antes un mundo pasajero, mudable y fugaz, esta negación misma sirve ahora para afirmar todo aquello que no cabe en palabras definidas. La unión mística, reino del silencio, no puede expresarse sino por negación de las palabras y de sus significaciones. En su no-ser está su ser, en su callar su hablar, en su evanescencia, su esencia. Puede decir San Juan:

Entréme donde no supe,
Y quedéme no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

En esta doble función reside la esencia de la paradoja. Expresión del no-ser, puede encauzarla el poeta hacia la expresión del ser, de la última realidad intangible, y es ella puente entre la difusión del tiempo y la firmeza de la eternidad. Tal es, en efecto, la paradoja de la paradoja. Pues, ¿no es paradójico y contradictorio que aquello que utilizamos para la destrucción sea el armazón mismo de un mundo estructurado, noche oscura del sentido y, a la vez, "noche amable más que la alborada"?

LA BIBLIOTECA NACIONAL

(Viene de la pág. 19)

podrá rehabilitar la Biblioteca Nacional, el Estado puede hacerlo alguna vez.

Hay, me parece, una solución justa, equitativa y llevadera a este grave problema. El Estado compra la Biblioteca Nacional a la Universidad por una suma convencional, digamos, de veinte millones de pesos, a pagar, pongo por caso, en diez anualidades. Con ella, la Universidad puede adquirir una biblioteca moderna, adecuada a sus exigencias y sin el enorme peso muerto de todas las cosas viejas; y el Estado rescata para la Nación un bien nacional, y, claro, se dedica a rectificar tanto abandono y tanto latrocinio de que ha sido víctima una institución que ha debido ser considerada por el pueblo y por el gobierno como un tesoro.

Chocolate

MORELIA PRESIDENCIAL

Antiguo del Asilo de Morelia

ELABORADO Y GARANTIZADO POR

LA AZTECA S.A.

LA FABRICA QUE HA DADO FAMA AL CHOCOLATE EN MEXICO